

Fueron ejecutados inmediatamente, y sus cadáveres se pudrieron en las horcas instaladas en lugares públicos. Pero el heredero fue exculpado, diciendo que había caído en poder de los rebeldes: la dinastía no podía fallar.

Esta vez, la rebelión no ha sido contra el Negus, sino contra el primer ministro, y ha triunfado. Por ahora. La razón inmediatamente es el hambre y la desolación producidas por la larga sequía, que se amontonan a una situación de injusticia social antigua. El ejército, en la provincia de Eritrea, combate las guerrillas del Frente de Liberación, mezcla de nacionalismo separatista y de frente social; las combate con disciplina, pero sin gran convicción, porque comparte los sufrimientos de las poblaciones. Sobre todo, en la joven oficialidad, tomada de clases bajas, porque la minoría dominante no tiene suficientes miembros para cubrir el enorme crecimiento del ejército en los últimos años. La minoría dominante es aristocrática, de dinastías que presumen también de anti-quísimas, y tiene un corte feudal. Sin embargo, sus hijos estudian ahora en Estados Unidos y algunos en Inglaterra, y traen al país ideas nuevas de democracia y de costumbres abiertas. El movimiento militar ha sido inmediata-

mente secundado por manifestaciones de estudiantes y de obreros jóvenes en las calles de la capital: el ejército no se ha enfrentado con ellas, pero ha pedido que se volvieran a sus casas para no dificultar su propia acción.

Haile Selassie ha cedido. El nuevo primer ministro, Endalkachew Makonnen, no es del agrado de todos, pero el ejército ha abierto un plazo de espera para ver si se producen reformas. Los sueldos militares han sido aumentados, y el nuevo ministro de Defensa, Abiya Abebe, les satisface. Las pretensiones de que se democratice el país y que sus riquezas —el nuevo petróleo, la minería— se repartan con justicia, de forma que la renta por cabeza deje de ser, como es ahora, la más baja del continente africano, y que el dinero del estado sirva para alimentar a los que mueren de hambre por la sequía y para la educación nacional —el analfabetismo alcanza la increíble cifra del 90 por 100 de la población— están en el aire. Lo importante, sobre todo, es que por primera vez el Rey de Reyes haya cedido a una presión de la calle, sin que hayan caído rayos del cielo, ni los leones que andan sueltos por los salones de recepción de palacio se hayan arrojado sobre los amotinados. ■ J. A.

## ARGENTINA

### Purga sangrienta

El presidente Perón anunció que estaba decidido a combatir con la máxima energía a la izquierda y a la derecha. Sin duda sus planes para combatir a la derecha los mantiene aplazados para más adelante, y su operación contra la izquierda es, en cambio, cada vez más patente. Apenas había dicho que la provincia de Córdoba estaba infiltrada de marxistas, y que el propio gobierno civil de la provincia era «una fuente de infección» cuando la policía de la capital cordobesa, repleta sin duda de lógica, decidió acabar con esa infección que tanto preocupaba al presidente: actuó por su cuenta, detuvo al gobernador civil después de hacer una irrupción en la casa del gobierno, y se llevó también a un

grupo de funcionarios. Este exceso de celo inquietó al presidente.

Otros excesos de celo han producido ya cincuenta asesinatos de dirigentes de la izquierda —de la izquierda peronista, sin duda—, en el mes de febrero, y unas cincuenta detenciones de militantes. Una joven periodista que en una conferencia de prensa de Perón habló de la existencia de una policía paralela que actuaba contra los militantes de izquierda, fue allí mismo acusada por el presidente y detenida por la policía.

El gobernador civil detenido, Ricardo Obregón Cano, y su segundo, Atilio López, fueron puestos en libertad, pero han desaparecido: se ignora si se les ha hecho desaparecer o si han buscado un lugar seguro donde esconderse. En su lugar, la propia policía instaló como gobernador civil a Dante Agodino; se mantiene en el poder, y parece que está respaldado por Perón, que no puede negar este nombramiento a una policía que se ha sublevado inducida por sus propias palabras y en su apoyo.

Esta situación es grave. El gobernador Obregón estaba elegido por votación popular, constitucionalmente. Cuenta con un gran número de partidarios. Les cuesta trabajo admitir una deposición por la fuerza; y más aún ver cómo este golpe de mano resulta respaldado por un decreto del poder ejecutivo, en el que se dice que «desgraciadamente, los elegidos, ya gobierno, no supieron colocarse a la altura de los deberes de su función y comprender el

curso de un movimiento nacional con capacidad para expresarse hasta en los programas de sus adversarios de la víspera. Sin percatarse, se fueron alejando de la revolución auténtica que vive y quiere la Argentina y la única posible en las condiciones históricas que en ella se están dando, para adoptar o tolerar la incidencia de programa y de metodología inadecuada y antagónica con el real proceso de reconstrucción nacional». Palabras confusas y embarulladas, lenguaje sin significación pero, finalmente, aprobación de hecho de un acto violento. Más claro es el comunicado del coronel Navarro, jefe de la policía de Córdoba, al anunciar la destitución del gobernador: «Una camarilla de bolcheviques y de traidores al movimiento justicialista había —dice— usurpado el poder en detrimento de los peronistas auténticos» (el comunicado está firmado por los sindicalistas cordobeses, pero su redacción se atribuye al propio coronel Navarro).

El dirigente del partido radical, Balbín, ha manifestado públicamente su repulsa por el golpe provincial; esto crea nuevas dificultades entre Perón y los radicales. Y le separa de los elementos moderados del país, incluyendo muchos de los que han ayudado a llevarle a la presidencia con la extraña esperanza de que serviría para restaurar el orden y la justicia en un país herido por muy profundos y muy antiguos males.

La policía bloquea una calle de la ciudad de Córdoba, poco después de la detención del gobernador Obregón.

